

Yo por tí y por mi país  
incendiara el universo.

TOUSSAINT (abrazándola.)

¡Oh sin igual heroísmo!  
¡de virtud sublime esfuerzo!

(Aparte.)

¡Entre mis hijos y Adriana  
cuánta diferencia, cielos!

(Va á buscar la bandera negra, y se la entrega arrollada á Adriana.)

Toma, recibe mi vida  
ó mi venganza; en tí espero.

Espía, observa y escucha;  
ten el espíritu atento;

á los tiros de los blancos  
no espongas, hija, tu cuerpo.

Pero apenas el rumor  
de pasos, armas ó fuego

percibas, no aguardes, no;  
la indicación de mi gesto.

En uno ó dos saltos sube  
á lo más alto del cerro,

y tremola esta bandera  
que será el sudario negro

de los blancos.

ADRIANA (tomando con transporte la bandera, y estrechándola contra su pecho.)

A tu instinto  
obedece sin recelo.

Tu suerte está en una mano  
que nunca conoció el miedo.

#### ESCENA VI.

Los mismos, ALBERTO, ISAAC, OFICIALES, SOLDADOS DEL EJÉRCITO FRANCÉS, GENERALES, OFICIALES, SOLDADOS DEL EJÉRCITO DE TOUSSAINT, PUEBLO, después SALVADOR.

(La escolta de los hijos de Toussaint gana las avenidas del campo, distinguiéndose á Salvador á la cabeza de los soldados. Algunos oficiales negros detienen la escolta á cierta distancia. Un negro hace salir de las filas á Alberto é Isaac, quienes corren con toda su fuerza

hacia Toussaint inmóvil que les tiende los brazos. Toussaint se desprende de ellos para contemplarles, y permanece como embebido.)

TOUSSAINT (tocando sucesivamente la cabeza de sus hijos.)

...! ¡Oh mis hijos!

ALBERTO (arrojándose en sus brazos.)

Tu Alberto!

ISAAC (poniéndose de puntillas.) ¡Padre mío!

ADRIANA. ¡Les vuelvo á ver los brazos!

ISAAC. ¡Oh! ¡qué milagro, Adriana!

ADRIANA. ¡Hermanos míos!

ALBERTO. ¡Qué alegría! ¿fuera

estás de la prisión, hermana amada?

TOUSSAINT (dirigiendo las manos al cielo.)

¡Y tú, su madre, que subiste al cielo,

desde el trono de Dios, ó mujer santa,

mézclate tú también á nuestro abrazo!

(Se abrazan todos de nuevo, y permanecen agrupados al rededor de Toussaint.)

¡Este momento me enajena el alma,

y la pasada juventud me vuelve!

¡Hijos míos!... ¿y es cierto? ¿y no me engaña

una ilusión?

(Cae de rodillas.)

¡Los cuatro de rodillas!

¡Llorémos de placer dando á Dios gracias!

(Sus hijos se ponen también de rodillas.)

Que éstasis tan precioso se prolongue...

Hagamos lo que hacíamos en casa...

¡hijos! ¿os acordáis cuando reunidos

como en el nido pájaros estabais?

¿cuando orar os hacia vuestra madre,

y en seguida llorando os abrazaba?...  
¡Madre!

ISAAC. No vive ya.

ALBERTO. No vive ya.

TOUSSAINT (poniéndose un dedo en la boca.)

Vive en el cielo!

(A sus hijos.)

¡No, no habréis olvidado las plegarias,

que encima os enseñó de sus rodillas,

en la lujosa capital de Francia?

ALBERTO. Algo, padre.

ISAAC. Yo, no!

**TOUSSAINT.** Dilas, hermoso,  
Cuando cierro los ojos mientras hablas,  
me parece que está aquí tu madre,  
y nada, en mi ilusión, nada me falta.

(Con delirio.)

¡O en el cielo me encuentro, ó estoy loco!...

(A Isaac.)

¡Ruega, ruega, Isaac, como rogabas!

**ISAAC** (de rodillas y con sus manos entre las de su padre.)

«Dios bajado del cielo

«en el puro regazo

«de una mujer, tan solo

«para llevar el fardo

«de nuestra triste vida;

«nacido en un establo,

«clavado en un madero,

«toda tu sangre dando

«para lavar las almas

«manchadas del pecado;

«al padre en quien tú crees

«ruego en tu nombre santo!

«En tu suplicio espero,

«y en tu pobreza te amo!

«Por las gotas de sangre

«de tu cáliz sagrado,

«¡oh Jesús! santifica

«en la sien del cristiano

«el sudor que humedece

«tu cuerpo ensangrentado;

«Que á nuestro padre honremos,

(Toussaint levanta la cabeza con orgullo.)

«tu virtud imitando;

«que de una tierna madre

«á los ojos crezcamos.

«Del pájaro del bosque

«el alimento danos,

«y despues de la siega

«el miserable grano

«que se encuentra perdido

«en los surcos del campo.

«Y pues á ti debemos

«nuestro infeliz estado,

«dános, Señor piadoso,

«corazon resignado,

«y un buen padre en el cielo,

«y en la tierra un buen amo!

(Toussaint se levanta con indignacion; sus hijos azorados se levantan con él.)

**TOUSSAINT** (con fuerza.)

¡Un amo!... ¿Qué has tú dicho?... ¡un amo! ¡nunca!

Ya amos no tiene el negro, esta palabra

borrè yo con mi sangre generosa.

¡Hombre es el negro en fin, libre es su raza!

¡No es solo en Roma do rompió Espartaco

la vil cadena que hasta á Dios ultraja!

¡Un amo!... Esta palabra ignominiosa

el lastimado corazon me arranca,

y me recuerda que vosotros, hijos,

sois el regalo de un traidor... ¡Oh rabia!

¡Tengo enemigos!... ¡si! ¡mas no tengo amos!

(A sus hijos.)

¿A despreciarme os enseñó la Francia?

¿Como ella las hubiese corrompido,

yo mismo arrancaria vuestras almas!

Ya mis hijos no sois y mi ternura;

espíritu del blanco sois que os manda.

Es el lenguaje que me hablais el suyo.

¡Han viciado mi sangre!

**ISAAC.** ¡Basta! ¡basta,

oh padre mio! perdonadme.

**TOUSSAINT** (abrazándole.) ¡Hijo!

léjos de mí toda espresion amarga;

que no la sombra de tu madre gima...

Tú no la dirás mas esa palabra;

¡no hay mas amo que el Dios que está en el cielo!

(Les mira y toca sus vestidos.)

Ya no llevais el trage de la infancia,

¿de mí os avergonzais bajo ese lujo?

(Alberto é Isaac hacen un movimiento de horror.)

¡So sus andrajos este viejo guarda

á sus hijos un nombre y un imperio!

Segun la elevacion de nuestras almas,

cada cual ve en los dones de un tirano

viles cadenas ó vistosas galas,

y el freno que el caballo encuentra blando

del leon ensangrienta las quijadas.

Decid ahora: ¿qué los blancos quieren?

**ALBERTO.** Solo paz.

**TOUSSAINT.** ¡Irrision!

**ALBERTO.** La paz fundada

en nuestra libertad.

TOUSSAINT. Sí, sí, lo entiendo.

ALBERTO. Y en nuestra sumisión...

TOUSSAINT. ¡Calla ya! ¡calla!

¿Sumisión?

ALBERTO. No aquel yugo tan pesado,

tan afrentoso y rudo...

TOUSSAINT. Basta! ¡basta!

nada, nada de paz con las cadenas.

ALBERTO. La completa igualdad de las dos razas,

á todos cobijando su bandera.

TOUSSAINT. ¡Cual cobija al cadáver la mortaja!

ALBERTO. Sus tropas ocupando nuestros fuertes,

nuestras calas y puertos sus escuadras,

pero...

TOUSSAINT. (cortándole la palabra.)

¿Qué partan! ¡que su infame polvo

aun nuestras frentes y rodillas mancha!

El Océano solo entre nosotros

es la paz ¿lo comprendes?... ¡Di que partan!

ALBERTO. No son los blancos lo que un día fueron

conocen vuestras prendas y os acatan.

TOUSSAINT. ¿Es eso cierto? ¿es mas que un hombre el cónsul?

¿Mi gratitud qué nombre á dar alcanza!

á un héroe casi Dios?

ALBERTO. Llamadle amigo.

¿Si supieseis, señor, cuánto él os ama!

«Grandes somos los dos, un día dijo

«seamos pues hermanos, que aunque vasta

«tiene la tierra un astro solo, tiene

«dos hemisferios.»

TOUSSAINT. (reflexionando.) Esa frase es clara,

es clara aunque profunda, y en su fondo

creo un imperio ver que se levanta.

(A sus hijos.)

¡Id! llevad á los blancos mi respuesta,

su jefe, si es sincero, me desarma.

### ESCENA VII.

Los mismos, EL PADRE ANTONIO.

(Durante las últimas palabras del monólogo de Toussaint, el fraile se coloca detrás de él; escucha, saca una carta de su manga, la abre y la presenta á Toussaint.)

EL FRAILE. ¿Sincera?... Oid, y lo sabreis muy pronto:

«Todas las noches, en la misma estancia,

«del altanero cónsul, se reúnen

«varias personas de valer que pasan

«por partidarios de la raza negra,

«pues por su libertad algo trabajan.

«A uno de ellos el cónsul irritado

«dirigió con desden estas palabras:

«— Ciudadano, soy blanco, y ellos negros,

«y mi razon en mi color descansa.

«Vuestra filantropía es execrable!»

Toussaint arranca la carta de las manos del fraile, y la acaba de leer con ira.)

TOUSSAINT. «Y en seguida añadió con mucha calma:

«— En su sangre ahogara, si pudiera, bi

«á los amigos de esa infame raza.

«La libertad, creedme, de los negros

«seria de los blancos la mortaja.»

EL FRAILE. ¡Hé aqui vuestro aliado!

TOUSSAINT. ¡Nunca! ¡infame!

EL FRAILE. La voz escucha de la sangre que habla

el fondo de su espíritu contempla.

TOUSSAINT. Nada, nada su máscara me tapa

para siempre jamas es mi enemigo

el que mi raza desdeñoso ultraja!

ALBERTO. Señor, de vuestra cólera sed dueño

y vuestra posición medid con calma.

El solo con la ley sobre los negros

quiere reinar. ¡Un paso solo os basta

para ser libre! ¡una palabra sola

¡os hace rey!... ¡Oh padre mio!

(Tiende la mano á su padre.)

TOUSSAINT. (retirando la suya.) Aparta!...

¡Se de mi sangre si abrazarme quieres!

Entre nosotros dos media una raza.

¡Un hijo, con mi sangre rescatado,

un pacto me aconseja que me infama!

¿Quieres que del verdugo de los míos

el silencioso cómplice me haga?

¿Y aun os llamais mis hijos? En mi seno

cuarenta años seguidos con constancia

he mis grandes designios escondido

evaporado mi rencor y saña,

bebido mi vergüenza y mi ignominia,

devorado mis lágrimas de rabia,

jugado como juega torpemente

con la cadena el perro que le amarra,  
trazado mi camino con mi sangre,  
(Descubre su pecho y muestra sus cicatrices.)  
blandiendo airado la temida espada,  
para ver ¡oh feroz última afrenta!  
á mis hijos mi sangre echarme en cara,  
y decirme: «Tú, padre, te engañaste;  
«para esclavo naciste, el freno tasca.»  
¡No, no lo tascaré! ¡Muera en buen hora,  
y dígame: «Toussaint delante marcha  
de su pueblo á la tierra prometida,  
«y morirá en la senda que le traza!  
«Hijos tenía el infeliz!... ¡Sin ellos  
«hubiera sido un rey, sido un monarca!  
¡Id, corazones, cuyas fibras pudo  
reblandecer la corrompida Francia!  
libres os dejo aunque llevais mi sangre.  
¡Id! ¡pedid á los blancos otra patria!

ISAAC. ¡No, no, yo de tu lado no me aparto  
aunque vea un abismo que nos traga!

ADRIANA (tendiendo los brazos á Alberto.)  
¡Oh, miranos, Alberto! ¡oh, miranos!

ISAAC (procurando que Alberto mire á Toussaint.)  
¡Fú la tierra!

ALBERTO. miras y nada mas! ¡di una palabra!

TOUSSAINT. ¡Demasiado elocuente es su silencio!

¡Eh! ¡no vaciles mas, Alberto! ¡marcha!

(Estremeciéndose de repente.)

¡Partirás, infeliz, á un tiempo haciendo

tal traicion á tu padre y á tu patria?

¡Oh mi Alberto! ¡mi amor! ¡luz de mis ojos!

¡hijo primero de mi esposa amada!

¡tú, carne de mi carne, que, aun pequeño,

cuando contra mi pecho te estrechaba

daba á tu corazon nobles pasiones!

¡de mis hazañas primitiva causa

que entrabas para todo en mis designios

pues en tí cimentaba mi esperanza,

y en los arroyos de copiosa sangre

que vertia por tí te reflejabas!

grande, libre, feliz, rey á mis ojos!

cuando á su ruina ciegamente avanzan

atraidos por mi nuestros tiranos,

¿mi corazon en su fatal borrasca

harás tú reventar dentro del pecho?

¡hijo sin compasion! ¡hijo sin alma!

¿á la tortura llevarás mi carne?

¡Vuélveme, oh Dios, mi esclavitud pasada!

¡al menos hijos el esclavo tiene!

¡traidores y no mas tiene el que manda!

¡Pero no! me envilecen mis esfuerzos;

no te conozco ya... ¡quitate! ¡marcha!...

¡Perdona, oh mi pais, el grito horrible

que la tortura al desgraciado arranca,

sin que pueda arrancarle su secreto

por mas que despedace sus entrañas!

(A Alberto con desprecio.)

¡Vuelve tú á la cadena, miserable

yo á mi mision que con la vida acaba!

ALBERTO (con embarazo.)

¡Oh padre mio! al cónsul mi promesa

mi voluntad de mil maneras ata;

le prometí no colocarme nunca,

si erais inaccesible á mis palabras,

entre sus enemigos. ¡Perdonadme!

Yo debo hacer lo que el honor me manda;

vuestra gloria y la gloria de los negros

para vos aquí están, para mí en Francia!

¡De vuestro lado al arrancarme, en vano

mi pobre corazon se despedaza!

¡A otra parte me llama mi promesa!

ADRIANA (lanzándose á sus piés.)

¡Quien te llama es tu amor! ¡ay! de tu Adriana

los brazos que se crispan suplicantes,

esta vida á la tuya encadenada,

mi corazon que vivifica solo

de un puro amor la inestinguible llama,

¡nada te mueve!... ¿Qué secretos tiene

quien así logra fascinar las almas?

¿Has leído tú acaso mas cariño

de una pobre mujer en las miradas?

¡El corazon lleno de fe que tengo

bajo tus piés sin compasion aplasta!

¡pisa este corazon que por tí herido

gritos de amor y no de enojo lanza!...

¿No es verdad?... ¡el cariño te devuelve

á tu padre, á nosotros, á tu raza!

(Arrojándose en sus brazos.)

¡Ah! palpar bajo mi frente siento

su corazon; ya veo en sus pestañas

suspenderse una lágrima; ¡ya cede!...

¡ya cede! ¡ya de mí no se separa!

ALBERTO (*desesperado, á su padre y á Adriana.*)  
Entre vosotros y el honor, ¿quién puede reflexionar?

ISAAC. ¿Reflexionar?

EL FRAILE. ¿Le falta resolución! ¿vacila!

ADRIANA. ¿Llora!

EL FRAILE. ¿Cede!

ALBERTO. Vuestro es mi corazón; pero me arrastran mis compromisos hácia el cónsul. Debe el negro como el blanco á su palabra ser siempre fiel. Mas he ofrecido acaso de lo que la razón me aconsejaba...  
¿Pero es fuerza cumplir!... ¡oh! ¡perdonadme!  
¿supieseis cuánto sufro!

(*Hace un signo de desesperación y se aleja algunos pasos, lentamente, con la cabeza baja. Adriana lanza un grito. Toussaint hace un ademán de abatimiento.*)

ADRIANA. ¿Aguarda!... ¿aguarda!...

(*Alberto retrocede. Con alegría.*)

¡Ah! ¡ya sabía yo que volvería!

(*En este momento Salvador que, sin ser percibido, se había adelantado hácia el lugar de la conferencia, se muestra de lejos sobre una roca.*)

SALVADOR (*en voz alta y lentamente, haciendo señas á las tropas blancas con la espada.*)

¡Acuérdate del cónsul! ¡No te abatas!

El momento ha llegado de ser hombre:  
¡en tí fija la Europa sus miradas!

(*Alberto vacila. En el mismo instante dos oficiales suben la cuesta, cogen á Alberto del brazo y le arrastran hácia Salvador.*)

EL FRAILE (*á Toussaint.*)

¿Lo ves! ¿lo ves!

TOUSSAINT. ¿Mi corazón vacila!...

¡Vuelve, hijo mio! ¡cedo ya!...

EL FRAILE. ¿Qué infamia!

¡Oh baldón! ¡oh ignominia! ¡oh vilipendio!

¡Es un pueblo quien cede!

TOUSSAINT. ¡No! ¡es mi alma!

(*Adriana é Isaac se mantienen abrazados convulsivamente viendo desaparecer á Alberto. Toussaint, azorado, vacilante, andando como á tientas, tendiendo los brazos ya á un lado ya á otro, sigue los pasos de su hijo, y articula algunas palabras confusas lentamente entrecortadas.*)

¡Ay! esos grandes fundadores hijos

no tenían, señor, ellos no amaban!

¡Pero yo!... ¡pero yo!... ¡Triunfasteis, blancos!

¡triumfasteis, sí, por que yo tengo entrañas!

(*Cae desmayado en un cerro. Adriana, el fraile, Isaac, le siguen, se inclinan hácia él para reanimarle y levantarlo; Isaac le ciñe el cuello con los brazos.*)

ISAAC. ¡Ah! ¡yo amaré por dos, oh padre mio!

EL FRAILE (*de rodillas.*)

¿Tiene, pues, su agonía, Virgen Santa,

el genio, redención de todo un pueblo!

¡Oh Padre, que el sudor miráis que baña

de vuestro hijo la angustiada frente,

sostenedle en su cruz!

(*Se oye un rumor sordo, que va en aumento, en los valles y en las gargantas debajo de la meseta. Se ven brillar á los primeros resplandores del sol naciente bayonetas que se deslizan por los cerros.*)

ADRIANA (*levantándose sobresaltada é inclinándose hácia la quebrada.*)

¡Cielos! ¿qué pasa!

¿qué resplandor, qué estrépito de aceros

van brillando y subiendo en la montaña?

No hay duda, no... ¡A las armas!... ¡Oh vergüenza!

¡iba á morir mi patria por mi falta!

¡Toussaint!... ¡No me oye, no! ¡pero á la mia

llegan los resplandores de su alma!

¡Que sus pliegues estienda la bandera!

¡demos á todos la señal que aguardan!

¡Vosotros, animadle y levantadle!

¡Muera al menos en pié y en la batalla!

(*Corre, toma precipitadamente la bandera, colocada en una punta del peñasco, sube encima de la cresta mas elevada, y planta en ella el estandarte, agitándolo para que se perciba de mas lejos. Se oyen al mismo tiempo en todos los cerros cañonazos lejanos, tiros y voces de mando. A los primeros tiros, Adriana, que tenia espuesto*

todo el cuerpo á las balas, vacila y cae herida mortalmente en el corazon, quedando envuelta en los pliegues de la bandera. Toussaint, el fraile é Isaac, que corren á ella al oír el fuego, la trasladan á la escena, ensangrentada y espirante.)

TOUSSAINT (llorando.)

¡Sublime jóven! tu gloriosa muerte de dos martirios te logró la palma.

¡Un hijo pierdo, y otro en tí!... ¡Ya has muerto!

¡mas su triunfo te debe nuestra raza,

ángel de la victoria! ¡ángel del pueblo!

(Queda anonadado, olvidándolo todo sobre el cadáver.)

EL FRAILE. ¡Déjanos á nosotros las plegarias!

¡Entre dos mundos esta sangre humea!

¡Acaba! ¡cumple tu mision!...

TOUSSAINT (volviendo de repente en sí, se encarama á su vez hasta la punta de la roca, coge la bandera caída de las manos de Adriana, y esclama con voz terrible:)

¡Al arma!!

(De todas las cavidades de las rocas salen soldados blancos y negros. El cañon retumba á lo léjos. Se cruzan los tiros de fusil.)

FIN.

CREEMOS HACER UN OBSEQUIO A LOS LECTORES DE LAS DOS PERLAS LITERARIAS, PRESENTÁNDOLES ALGUNOS APUNTES BIOGRÁFICOS DEL CÉLEBRE AUTOR.

### Mr. Alfonso de Lamartine.

Nació este famoso y distinguido personaje por los años de 1792, siendo su padre un noble de provincia de las orillas del Saona. Su primera juventud la pasó en la oscuridad y ocupado solo en estudios, viajes y en la vida retirada del campo. Durante este tiempo habia hablado mucho con la naturaleza, con los libros, con su corazon y con su pensamiento, y cobrado un grande odio hacia el imperio, cuya servidumbre, gloriosa solo en el exterior, era en el interior pálida y sombría. La lectura de Tácito, sublevaba su alma contra la tiranía del nuevo César. Oriundo de una familia militar, religiosa y realista, habia ingresado Lamartine en los guardias del rey á la vuelta de los Borbones, como todos los jóvenes de la antigua nobleza provinciana; bien que, disgustado luego del servicio en tiempo de paz, hubo de retirarse para volver de nuevo á su independencia y á sus escursiones por el mundo. Entonces publicó algunas poesias que dieron á conocer su nombre; encargándose desde luego de proteger esta reputacion naciente M. de Talleyrand, M. Pasquier, M. Mounier, M. Royer Collard, M. de Broglie, M. de Bonald, y muy especialmente M. de Lainé, bajo cuyos auspicios entró á servir en la carrera diplomática. Conocidas despues sus opiniones liberales y constitucionales, disgustaron extraordinariamente á la corte; así que, su carácter independiente perjudicó sus adelantos, no siendo ascendido á ministro plenipotenciario en Grecia hasta el año de 1830.